

NOCHES EN FLORENCIA, 2

LA ALONDRA

Por el autor de *El infierno de Gabriel*

SYLVAIN REYNARD



Noches en Florencia, 2
La alondra

Sylvain Reynard

Título original: *The Raven*

© Sylvain Reynard, 2015

Publicado de acuerdo con InterMix Books, un sello de Penguin Publishing Group, perteneciente a Penguin Random House LLC. InterMix y “IM” son marcas registradas de Penguin Publishing Group

© por la traducción, Lara Agnelli, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Earl Reinink, Exopixel y Yarygin - Shutterstock

© de la imagen del interior: Eric Lessing

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-14956-9

Depósito legal: B 96-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Las calles de Florencia estaban casi desiertas a la una y media de la mañana.

Casi.

Quedaban unos cuantos turistas y lugareños, grupos de jóvenes que buscaban diversión, algunos sintecho que pedían limosna y Raven Wood, que cojeaba lentamente por el pavimento irregular de la calle que llevaba desde la galería de los Uffizi hasta el ponte Santa Trinita.

Raven había estado en una fiesta con colegas de la galería y, como una idiota, había rechazado la oferta de su amigo Patrick de llevarla a casa. Patrick se había ofrecido a llevarla porque sabía que la Vespa de Raven estaba en el taller, pero ella sabía que en realidad su amigo no quería marcharse del piso de Gina. Llevaba meses enamorado de ella en secreto. Esa noche parecía que, al fin, había logrado captar la atención de Gina.

Ligeramente.

Raven no tuvo valor para separar a los posibles amantes. Había asumido ya que el amor no estaba hecho para ella, pero disfrutaba en secreto con las vidas amorosas de los demás, en especial de las de sus amigos. Por eso había insistido en volver sola a casa. Y por eso iba caminando, con la única ayuda de su bastón, hacia su pisito de la piazza Santo Spirito, que quedaba al otro lado del río.

Poco se podía imaginar que esa decisión tendría consecuencias trascendentales, tanto para ella como para sus amigos.

Sus colegas daban por hecho que su cojera era cosa de nacimiento y, por delicadeza, no sacaban el tema. Estaban equivocados, pero Raven agradecía que no le hablaran de ello, ya que tras su defecto se escondía un secreto siniestro que no pensaba revelar a nadie.

No se veía a sí misma como una minusválida. Se consideraba ligeramente discapacitada. Tenía la pierna derecha un poco más corta que la izquierda, y el pie se le abría hacia fuera en un ángulo poco natural. No podía correr, y sabía que verla caminar no era algo agradable. Al menos, ya que siempre iba acompañada de su bastón, trataba de que éste fuera lo más bonito posible, y lo decoraba personalmente con motivos divertidos. Se refería a él como su *novio*, y le había puesto hasta nombre. Se llamaba Henry.

A algunas mujeres les habría preocupado tener que cruzar Florencia solas a esas horas de la noche, pero a Raven no. No solía atraer la atención de la gente, excepto unas cuantas miradas indiscretas a su pierna. De hecho, la mayoría de las veces la gente la rozaba o tropezaba con ella como si fuera invisible.

Probablemente la culpa era de su aspecto físico. Los más educados habrían definido su figura como la de una musa de Rubens, si hubieran logrado encontrarla bajo su ropa holgada. Para los gustos actuales tenía sobrepeso. La ropa demasiado grande hacía que pareciera que le sobraban todavía más kilos. Y las zapatillas deportivas, aunque eran muy cómodas, no añadían casi ningún centímetro a su metro setenta. Tenía el pelo moreno, casi tan negro como el ala de un cuervo, y lo llevaba recogido de cualquier manera en una coleta que le rozaba los hombros. Comparada con las numerosas mujeres atractivas y emperifolladas que habitaban Florencia, ella era del montón.

Aun así, tenía unos ojos preciosos, grandes, de mirada profunda, de un verde que recordaba a la absenta. Por desgracia, nadie se tomaba nunca la molestia de mirarla a los ojos, que estaban ocultos tras unas gafas de montura negra demasiado grande.

No obstante, si lo hubieran hecho, Raven tampoco se habría sentido cómoda. De hecho, se ponía esas gafas para distanciarse de la gente. Cuando necesitaba leer algo, se las cambiaba por unas graduadas.

Al acercarse al puente Santa Trinita desde el Lungarno degli Acciaiuoli, maldijo en voz baja por no haber cogido un paraguas. Aunque llovía lo suficiente como para hacer desaparecer a los peatones de las calles y del puente, no llovía bastante para empaparla. Pensó

en refugiarse en algún sitio, pero rechazó la idea y siguió cojeando, avanzando igual que lo hacía todo en la vida: con tenaz determinación.

Vio que un trío de hombres de aspecto rudo y grosero se acercaban al puente desde la via de' Tornabuoni. La lluvia no parecía preocuparlos. Hablaban en voz alta y estridente, y caminaban dando bandazos. No era raro encontrarse con borrachos en el centro de la ciudad, pero Raven aflojó el paso. Sabía que la gente era impredecible cuando había bebido demasiado.

Agarró con más fuerza su vieja y gastada mochila mientras seguía avanzando en dirección al puente. En ese momento vio a Angelo.

Angelo era un sintecho que se pasaba los días y las noches mendigando. Raven se lo encontraba cada vez que iba o volvía de los Uffizi. Siempre se detenía a saludarlo y le daba alguna moneda o algo de comer. Sentía una especie de camaradería con él, ya que ambos usaban bastón para ayudarse a caminar. La incapacidad de Angelo se debía a problemas relacionados con la miseria, lo que aumentaba el sentimiento de compasión de Raven.

Mientras seguía caminando, paseó la mirada entre él y los borrachos y no pudo evitar que la asaltara una terrible sensación de miedo.

—¡Buenas noches, amigos! —exclamó Angelo. Su voz rasgó la húmeda oscuridad de la noche—. Unas monedas, por favor.

El tono alegre de su voz hizo que a Raven se le encogiera el estómago. Conocía perfectamente el cruel destino que sufría la esperanza cuando se dirigía hacia las personas equivocadas.

Empezó a caminar más deprisa, con los ojos clavados en su amigo, esperando no tropezar y acabar en el suelo antes de llegar. Cuando ya casi había alcanzado el puente, vio que Angelo levantaba los brazos y gritaba.

El más grande de los tres tipos estaba orinando sobre él. Angelo trató de apartarse, pero el hombre lo siguió, mientras los otros dos lo jaleaban.

A Raven no le extrañó lo que estaba viendo.

Angelo era un indigente, estaba sucio, era un tullido y se movía con lentitud. Cualquiera de esas cosas podía desencadenar la crueldad latente de algunos florentinos.

Sintió que las ganas de protestar le quemaban la garganta, pero no abrió la boca.

Debía intervenir. Lo sabía. El mal florece cuando la gente buena pasa de largo y calla cuando debería alzar la voz.

Raven siguió andando.

Estaba cansada tras un largo día en el trabajo y tras la velada en casa de Gina. Lo único que quería era llegar a casa, a su pisito de la piazza Santo Spirito. Pero no podía pasar por alto los gritos de Angelo ni las risas y los insultos de los hombres.

El más grande de ellos acabó de orinar con una floritura y volvió a abrocharse los vaqueros. Sin previo aviso, levantó un pie y le dio una patada en las costillas a Angelo. Éste soltó un grito y se encogió en el suelo.

Raven se detuvo en seco.

Los otros dos hombres se unieron al primero, dando patadas e insultando a Angelo sin hacer caso de sus gritos. Mientras trataba de protegerse acercándose a la acera, Raven vio que le salía sangre por la boca.

—¡Ya basta! —gritó alguien en italiano.

Por un momento, Raven sintió alivio y una gran alegría pensando que alguien, quien fuera, acudía a rescatar a Angelo.

Pero su alegría se transformó en horror cuando los hombres se detuvieron y se volvieron hacia ella.

—Ya basta —repitió en voz mucho más baja.

Los hombres se miraron entre sí y el más alto hizo un comentario despectivo a sus compañeros antes de echar a andar en su dirección.

Mientras se acercaba, Raven se fijó en que tenía los hombros anchos y era más alto de lo que le había parecido. Tenía la cabeza rapada y calzaba botas. Cuando él le clavó sus ojos oscuros, Raven tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr.

—¡Largo! —le ordenó el hombre, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Los ojos verdes de Raven buscaron a Angelo, que seguía ovillado en el suelo.

—Deja que lo ayude. Está sangrando —repuso.

El calvo miró por encima del hombro en dirección a sus compa-

ñeros. Uno de ellos le dio una patada en el estómago a Angelo, como para provocarla. Los gritos de su amigo llenaron los oídos de Raven, hasta que finalmente se hizo un silencio aterrador.

Con una sonrisa de depredador, el calvo se volvió hacia ella y señaló en la dirección por la que había llegado.

—Corre.

Raven se planteó acercarse a Angelo, pero descartó la idea. Tampoco iba a poder cruzar el puente para llegar a su casa. El enorme calvo le impedía el paso.

Empezó a retroceder insegura.

El tipo la siguió, agitando los brazos y arrastrando la pierna derecha, burlándose exageradamente de su manera de caminar. Uno de los otros gritó algo sobre Quasimodo.

Resistiéndose a la tentación de gritar que los auténticos monstruos eran ellos, Raven se volvió para alejarse más rápidamente. El sonido de pasos acelerando el ritmo resonó en sus oídos. Los otros dos hombres habían dejado a Angelo y la estaban persiguiendo.

Oyó que uno de ellos hacía un comentario sobre lo fea que era, demasiado fea para tirársela.

Los otros se echaron a reír.

Otro comentó que siempre podían follársela por detrás; así no tendrían que verle la cara.

Raven cojeó más deprisa, buscando en vano con la mirada a algún otro peatón. Pero los alrededores del Arno estaban desiertos.

—¡No corras tanto! —El comentario sarcástico del hombre fue recibido con risas por los otros dos.

—Vamos, ven a jugar con nosotros —gritó otro.

—Está claro que lo está deseando.

Raven aceleró el paso, pero pronto la alcanzaron y la rodearon como si fueran una manada de lobos y ella un ciervo herido.

—Y ¿ahora qué? —preguntó el más bajo de los hombres mirando a sus compañeros.

—Ahora vamos a jugar —respondió el calvo, que evidentemente era el cabecilla, antes de dirigirle una sonrisa a Raven. Tras arrebatarse el bastón de la mano, lo tiró lejos.

Otro le arrancó la mochila del hombro.

—Devuélvemela —gritó ella, lanzándose sobre el hombre.

Éste se la arrojó alegremente a uno de sus compañeros, por encima de la cabeza de Raven.

Ella se volvió hacia la mochila, pero antes de alcanzarla, habían vuelto a tirarla por encima de su cabeza. Los hombres siguieron con el jueguito durante varios minutos, riéndose y burlándose de ella cada vez que les suplicaba que le devolvieran la mochila. Esos tipos no lo sabían, pero allí llevaba el pasaporte y otros documentos importantes.

No podía correr. Su minusvalía se lo impedía. Sabía que, si iba a buscar el bastón, lo único que conseguiría sería que volvieran a quitárselo y, tal vez, que lo tiraran al Arno. Se volvió y empezó a cojear una vez más en dirección al ponte Vecchio.

Uno de los hombres tiró la mochila al suelo.

—¡Sujétala! —ordenó.

Raven trató de andar más rápidamente, pero lo cierto es que ya iba tan deprisa como podía. El tipo que la seguía la atrapó en tres zancadas.

Asustada, miró por encima del hombro. En ese momento, tropezó con un agujero del suelo y trastabilló. Sintió un gran dolor en las manos y en los brazos al tratar de amortiguar con ellos la caída.

El calvo se aproximó y la agarró por el pelo. Raven gritó mientras él le arrancaba la goma elástica del cabello. La larga melena le cayó sobre los hombros.

El hombre se enroscó el pelo alrededor de la muñeca y tiró de él hasta levantarla del suelo.

Raven examinó la zona, intentando encontrar una salida o a alguien que la ayudara, pero un instante después el hombre la arrastró y la metió en un callejón. Era un callejón tan estrecho que Raven casi podría haber tocado las dos paredes con los brazos extendidos.

Entonces, se dejó caer intencionadamente hacia delante. El hombre la soltó, maldiciendo e insultándola.

Raven gimió al volver a chocar con el suelo. Tenía las rodillas y las manos llenas de arañazos y de sangre. Notó que la asaltaba

un olor nauseabundo. Alguien había usado el callejón como lavabo.

Raven tosió y pensó que iba a vomitar.

El calvo la agarró por el codo y la arrastró hacia el fondo del callejón.

—Levántate —le ordenó.

Ella trató de alejarse, pero la tenía bien sujeta por el codo. Se revolcó por el suelo dando patadas a ciegas, desesperadamente. Mientras el hombre la maldecía, ella se apartó, tratando de ponerse en pie al mismo tiempo.

De repente, el tipo se alzó sobre Raven. Sujetándola por un brazo, la obligó a levantarse y a mirarlo a la cara. Sin previo aviso, le dio un puñetazo en el rostro que le rompió las gafas y la nariz. La sangre empezó a brotar, cayendo al suelo y formando grandes goterones.

Raven aulló de dolor y se dejó caer al suelo. Se arrancó las gafas rotas de la cara y empezó a llorar. Mientras las lágrimas le caían por las mejillas, se cubrió el rostro con las manos, intentando respirar por la boca.

El hombre volvió a levantarla tirándole del pelo y le aplastó la cara contra la pared.

Raven sintió un gran dolor en la frente y vio las estrellas mientras el mundo empezaba a girar a su alrededor. Cuando dos de los hombres le abrieron los brazos a los lados y le apretaron el pecho contra la pared, todo empezó a ir a cámara lenta. El cabecilla, que estaba a su espalda, le levantó la camisa.

Sin miramientos, sus dedos ascendieron por la piel desnuda de Raven hasta llegar al sujetador. Le apretó los pechos mientras hacía una broma de mal gusto. A Raven le pareció que sus compañeros lo animaban a seguir, pero a esas alturas ya no entendía lo que decían.

Era como si estuviera debajo del agua. Sentía un fuerte golpeteo en la cabeza. Respiraba con dificultad, tratando de no ahogarse con la sangre que se le colaba por la garganta.

El hombre se desabrochó los pantalones y se pegó a su trasero. Le rodeó la cintura con un brazo y, con un movimiento de los dedos, le desabrochó los vaqueros.

Ella se resistió al notar que le deslizaba la mano por dentro de las bragas.

—¡Para! Por favor... ¡Por favor!

Los gritos desesperados de una joven que pronunciaba las palabras con dificultad llegaron a oídos del Príncipe. Lorenzo, su lugarteniente, y Gregor, su ayudante, se acercaban, pero aún estaban lejos. Otros de su especie los seguían a poca distancia.

El Príncipe aumentó la velocidad, reticente a compartir la fuente de la cosecha más dulce que había olido en siglos. El aroma le resultaba casi familiar. Tanto, que a su deseo se unió una oleada de nostalgia. Una nostalgia en la que no tenía intención de regodearse.

La astucia y la prudencia siempre habían sido sus mejores consejeras. Gracias a ellas seguía con vida, mientras que tantos otros habían sido enviados a sufrir las abominaciones de ultratumba que se merecían tanto como él. Nunca actuaba sin precaución. Por eso se detuvo al llegar al borde del tejado que daba al callejón y miró hacia abajo sin ser descubierto.

El estrecho callejón estaba iluminado por una única farola. Vio a una joven a la que sujetaban entre tres hombres. Uno de los tres estaba abusando de ella por detrás. Tenía la bragueta abierta y frotaba su miembro erecto en el trasero de la chica. Los otros lo animaban mientras la mantenían clavada a la pared, como si estuviera crucificada.

El simbolismo de la escena no le pasó desapercibido al Príncipe.

No le habría costado nada robarles la víctima a esos hombres y salir de allí sin que se dieran cuenta siquiera. Luego podría haberla llevado a otro callejón oscuro para consumir esa valiosa cosecha.

Cerró los ojos durante un instante y respiró hondo. En ese momento, un recuerdo lo asaltó: una mujer medio desnuda que yacía al pie de una pared de piedra. Su cuerpo estaba destrozado. Le habían arrebatado la inocencia y su sangre lo llamaba, derramada como estaba en el suelo.

«Venganza.»

Sus ganas de alimentarse fueron rápidamente sustituidas por un

apetito aún mayor, uno que llevaba siglos nutriendo silenciosamente a base de rabia y arrepentimiento. Las ilustraciones que había robado con tanto cuidado se le cayeron de las manos, completamente olvidadas, cuando bajó del tejado de un salto.

—¿Qué demo...? —El hombre murió antes de poder acabar la frase. La cabeza, separada del tronco, daba vueltas por el callejón como un balón de fútbol.

Los otros dos soltaron a la chica y trataron de huir, pero el Príncipe los atrapó fácilmente y los envió al infierno con unos cuantos ágiles movimientos.

Al volverse hacia su presa, vio que estaba tirada en el suelo. El dulce aroma de su sangre flotaba en el aire. Parecía inconsciente. Tenía los ojos cerrados y la cara como si le hubieran dado una paliza.

—*Cassita vulnerata* —susurró agachándose a su lado.

Ella abrió sus grandes ojos verdes y lo miró con dificultad entre las gotas de lluvia.

—Una chica. Qué decepción —dijo una voz femenina, rompiendo el silencio—. Por el olor pensaba que sería un niño pequeño.

El Príncipe se volvió y se encontró con cuatro de sus conciudadanos, que se habían acercado. Una era una mujer alta con una larga melena pelirroja: Aoibhe. Los otros tres eran hombres: Maximilian, Lorenzo y Gregor. Todos estaban muy pálidos y miraban a Raven con apetito, pero antes no se olvidaron de hacerle una reverencia a su señor.

—¿Cómo puede ser que se nos pasara por alto una exquisitez como ésta? Si la hubiera oído por la calle, la habría cazado enseguida. —Aoibhe se acercó. Su postura era regia y elegante—. Vamos a por ella, ¿no? Es adulta. Nos la podemos repartir fácilmente. No he probado una cosecha tan dulce desde que me alimentaba de niños ingleses.

—No —replicó el Príncipe en voz muy baja. Se movió de manera casi imperceptible, situándose entre la chica y los demás para que dejaran de verla.

—¿Nuestro Príncipe va a negarnos algo así? —preguntó Maximilian, el más grande de los hombres—. Los demás están muertos y apestan a vicios —añadió señalando el suelo cubierto de los cuerpos desmembrados de los otros tres.

—Hay un cadáver puro en el puente. Os lo podéis quedar, con mis mejores deseos. Pero me reservo el derecho de pernada con la chica —dijo el Príncipe en un tono engañosamente sereno pero acerado.

—Su tesoro es casi un cadáver —soltó Aoibhe—. Su corazón empieza a fallar.

La chica tenía los ojos cerrados y respiraba cada vez con más dificultad.

—¡Qué desastre! —exclamó otro de los hombres del Príncipe en un italiano con marcado acento ruso. Dio un paso al frente para examinar los cadáveres de los atacantes, acercándose peligrosamente a la víctima.

Un gruñido amenazador escapó entonces de la garganta de su amo.

El ruso se detuvo en seco.

—Mis disculpas, señor —dijo dando un cauteloso paso atrás—. No pretendía faltarle al respeto.

—Gregor, controla el perímetro. Si nadie quiere el otro cadáver, retiradlo de ahí.

El joven ayudante se marchó a toda prisa.

—Ni siquiera un salvaje se alimentaría de éstos. —Todo el mundo se volvió hacia Maximilian, que estaba contemplando los cuerpos mutilados. Alzando la mirada hacia su gobernante, añadió—: Pensaba que el Príncipe no mataba por diversión.

—*Cave*,* Maximilian —le advirtió el Príncipe en tono amenazador.

—¿Estás desafiando al Príncipe por la presa? —Lorenzo, el lugarteniente, dio un paso hacia delante.

La tensión podía palpase en el ambiente. Todo el mundo se quedó mirando a Maximilian, esperando su respuesta.

El ruso paseó la mirada entre el Príncipe y la chica que se desangraba. Sus ojos azules tenían un brillo calculador.

—Si el Príncipe nunca mata por diversión, ¿por qué están muertos estos hombres? Podría haberse llevado a la chica fácilmente sin matarlos.

* En latín significa «cuidado». (*N. de la t.*)

—¡Ya basta! —Aoibhe parecía impaciente—. Esa chica se está muriendo y tú nos estás haciendo perder el tiempo.

—Fue el Príncipe quien promulgó las leyes en contra de los asesinatos indiscriminados —insistió Maximilian, dando un paso adelante. Miró un instante hacia Lorenzo antes de volver a clavar la vista en su señor.

Aoibhe se plantó ante él. Aunque era alta, su cuerpo se veía muy menudo al lado de la mole que era Maximilian.

—¿Vas a desafiar al Príncipe de Florencia por esto? ¿Estás loco?

Maximilian hizo un gesto, como si pensara apartarla de su camino.

La pelirroja lo sorprendió con un movimiento brusco y muy rápido. Agarrándole el brazo izquierdo, se lo dobló a la espalda y lo levantó hasta dislocarle el hombro con un chasquido escalofriante.

—No vuelvas a levantarme la mano nunca más, o te quedarás sin ella. —Aoibhe lo obligó a arrodillarse y le apoyó un pie en la espalda, dejando al descubierto un zapato de terciopelo.

Maximilian apretó los dientes.

—¿Alguien va a sacarme a esta arpía de lengua bífida de encima?

—Aoibhe —dijo el Príncipe en voz baja pero cargada de auto-ridad.

—Sólo quiero asegurarme de que este caballero prusiano entien-de lo que le estoy diciendo. Su italiano... deja mucho que desear.

—¡Aparta, mujerzuela miserable! —exclamó Maximilian, tratando de liberarse.

—Será un placer. —Aoibhe soltó a su colega con una retahíla de insultos en irlandés y unas cuantas amenazas de propina.

Max se levantó y, con un gruñido, volvió a colocarse el hombro en su sitio. Haciendo girar el brazo, dijo:

—Ya que, al parecer, soy el único interesado en hacer cumplir las leyes de la ciudad, retiro el desafío. —Hizo una pausa, dando tiempo a que alguien dijera algo, pero todos guardaron en silencio.

—Por fin. Ya era hora —dijo Aoibhe finalmente, volviéndose hacia el Príncipe, que se había acercado a su presa y había apoyado

la espalda en la pared del callejón—. La excepcional cosecha que ha encontrado está a punto de exhalar su último aliento, Príncipe. Si alguien va a probarla, tiene que ser ahora. ¿Va a compartirla con nosotros?

Siguiendo un impulso irresistible, el Príncipe tomó a la muchacha en brazos y, de un ágil salto, se plantó en el tejado de la casa, dejando a sus conciudadanos atrás.